

Emmanuel Bove

*Huida en la noche*

Traducción de Mercedes Noriega Bosch

P A S O S   P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.  
Imagen de cubierta: Gustav Wunderwald, *Grunewald-  
straße*, 1918 - 1920  
Maquetación: Daniel F. Patricio

Título original: *Départ dans la nuit*

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2017  
© de la traducción, Mercedes Noriega Bosch, 2017

ISBN: 978-84-944769-9-0

Depósito legal: M-1723-2017

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## 1

Acabábamos de pasar doce días hacinados en vagones de ganado. Jornadas enteras habían transcurrido sin que el tren se moviera. Y luego, de repente, emprendía la marcha a gran velocidad y el viento nos helaba. Un polvo gris caía de los tabiques, se elevaba desde el suelo y nos reseca las fosas nasales. En una de las paradas nos habían dado permiso para recoger un poco de paja, pero era una paja seca que, en unas horas, se había pulverizado por completo. Mis compañeros se apretujaban los unos contra los otros. Yo, por mi parte, prefería pasar frío. Cuando el tren aceleraba y alguno de nosotros estaba fumando, todos pensábamos que podía producirse un incendio.

Ya era de noche cuando llegamos al campo de Biberbrach. Habíamos recorrido a pie veintitrés kilómetros desde la estación. Ahora tenían que distribuirnos. Aguardábamos a que finalizase todo el papeleo sentados sobre la tierra gélida. A pesar de sus famosas dotes organizativas, los alemanes no daban abasto. Nos cambiaban de sitio cada dos por tres, aunque manteniendo en todo momento un orden perfecto. Sin embargo, estábamos obligados a permanecer en el exterior mientras duraba la espera.

Cada vez que nos reubicaban, Pelet volvía a sentarse. Habíamos congeniado desde el principio. Al subir al tren le habían empujado hacia un lado y a mí hacia el contrario, pero me las había ingeniado para seguirle, a pesar de las patadas que recibía por todas partes. No obstante, aprovechando un momento de alboroto, había conseguido colarme.

¿Qué pasaría ahora? Pelet no se movía. Estaba hecho un ovillo, como un pobre infeliz abandonado, con la cabeza casi pegada a las rodillas. Le di un golpecito en la espalda. Se irguió y me miró con tristeza. Yo le dije:

—Tú sobre todo no te alejes de mí.

En realidad no lo conocía, pero tenía miedo de que nos separaran.

Me habían hecho prisionero hacía cinco meses y medio y, desde entonces, solo pensaba en evadirme. Lo que ocurriera después no me preocupaba en absoluto, pues confiaba plenamente en mi talante resolutivo. Estaba convencido de que, cuando la ocasión fuese propicia, no la dejaría escapar. Pero empezaba a darme cuenta, a fuerza de aplazamientos, de que tenía una peligrosa tendencia a considerar que ninguna de las ocasiones que se presentaban cumplía los requisitos necesarios para alcanzar el éxito. Si no tomaba cartas en el asunto corría el riesgo de seguir esperando ese momento idóneo durante uno o dos años más. Y esa perspectiva me atormentaba. Sabía que tenía que decidirme a hacer algo. Pero no hay nada más terrible, qué duda cabe, que tener que tomar una decisión, no porque las circunstancias sean favorables, sino porque se ha esperado demasiado.

Mi salud se había deteriorado tanto que estaba seguro de que me enviarían al hospital. Había sufrido una pleuresía unos años antes y aún me dolía el costado, por no hablar de los problemas digestivos

derivados de dicha pleuresía. Todos los médicos coincidían en recomendarme mucho descanso. De hecho, ya entonces me había extrañado mucho que los médicos franceses no me hubiesen declarado inútil. Pero mi sorpresa fue aún mayor cuando, después de haber soportado tantas privaciones y malos tratos, el médico militar del campo dictaminó que no me pasaba nada. Le mostré unos certificados que ni siquiera se molestó en leer. Volvía a recordar las historias que circulaban sobre la brutalidad de los *boches*. Solicité una segunda opinión que no resultó más satisfactoria que la primera. Entonces presenté una reclamación por escrito. Mientras aguardaba la respuesta supe que mi padre, por su parte, había presentado una instancia ante las autoridades alemanas adjuntando nuevos certificados médicos para pedir mi liberación. El trámite no tenía ningún sentido, pero nunca se sabía lo que podía ocurrir. Y durante mucho tiempo mi único consuelo fue aferrarme a esa ínfima esperanza.

Intenté por otros medios que se tomasen en serio mi caso, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Si deseaba conservar la poca salud que me quedaba, no debía obstinarme en seguir por una vía que no conducía a ninguna parte, sino adaptarme a las circunstancias y tratar de recuperarme pese a las dificultades de la vida en el campo de trabajo.

Aquellos fueron días muy duros. Nada mina tanto la moral como verte obligado a realizar unos esfuerzos físicos, de por sí extenuantes para los que gozan de buena salud, cuando no estás en posesión de todas tus facultades. A la angustia inherente a mi condición de prisionero había que añadir la necesidad, entre otras, de alimentarme mejor o de evitar los trabajos pesados.

Mis compañeros, por supuesto, me prestaban cierta ayuda, pero a la larga acabaron por cansarse.

Me planteé la posibilidad de renunciar a la lucha, de abandonarme a mi suerte, aun a riesgo de recaer en la enfermedad. Inmediatamente, sin embargo, mi instinto me hizo desistir de tal propósito. Una vez terminado el trabajo, en lugar de charlar durante horas o de jugar a las cartas, me preparaba tisanas. Tuve que echarle ingenio para que nadie notase cómo me cuidaba y evitar así que me acusasen de ser excesivamente delicado.

Al principio resultó bastante fácil. La vigilancia era relativamente escasa. No obstante, a medida que la disciplina se fue haciendo más severa, me di cuenta de que no podría seguir llevando esa doble vida y fui presa del pánico. Tenía la certeza de que mi salud se vería afectada de forma inminente.

Por las noches, me pasaban por la mente los más lúgubres pensamientos. A pesar de que, para mi gran sorpresa, mi estado hubiese mejorado en lugar de agravarse, de que mis problemas digestivos y también mi insomnio hubiesen desaparecido, de que pudiese comer cualquier guarrería sin sentirme indispuerto, seguía convencido de que pronto llegaría la recaída. Y ya me veía ingresando en un hospital demasiado tarde para atajar la enfermedad, siendo tratado de forma superficial y sin un examen minucioso por gente que, en realidad, no tenía ningún motivo para querer curarme, y acabando mis días en la sala de cualquier hospital de mala muerte debido a la negligencia y a la indiferencia general. Porque, no nos engañemos, la vida de un hombre no representa gran cosa cuando hay millones que combaten en el frente.

Sin embargo, los quebraderos de cabeza que mi mala salud me causaba no eran nada en comparación con la amenaza que pesaba sobre mí. Era la misma, pero más grave, que la que había sentido cuando era un simple soldado del ejército francés: la sensación

de que podía sucederme una desgracia de forma indirecta, por el mero hecho de pertenecer a un colectivo humano. De modo que me dedicaba a todas horas a dar consejos, a tranquilizar a los más excitados, a participar en todos los complots. Tenía miedo de que estallase una rebelión, de que alguien atacase a un centinela, de que se cometiese una injusticia tan flagrante que los prisioneros llegaran a amotinarse. El hecho de no poder escapar, de ser corresponsable de todo lo que pudiera ocurrir, de verme obligado a permanecer al lado de mis compañeros en caso de epidemia, de bombardeos, de represalias, me causaba un malestar permanente.

Aunque no hablara mucho conmigo, era evidente que yo era quien despertaba mayor simpatía en Pelet. A menudo me lanzaba miradas casi femeninas, como si entre él y yo existieran unos vínculos absolutamente incompresibles para nuestros compañeros. Su aspecto físico tenía poco de agraciado: tez más bien cenicienta, ojoso, manos húmedas, osamenta que se adivinaba débil, dientes con el esmalte desgastado y plagados de manchas amarillentas.

A veces me cogía del brazo y me llevaba aparte para mostrarme fotografías de su mujer y de su hijo, o para leerme alguna carta. No comprendía que, para los alemanes, los matrimonios que no se amaban tuviesen las mismas ventajas que los que sí se querían. También solía sorprenderle sentado en un rincón, como si el mundo le diera la espalda. Si me acercaba a él en uno de esos momentos, fingía odiarme igual que a los demás. Esa actitud tan teatral me molestaba un poco. En mi afán por hacerle reaccionar, le decía que pronto seríamos libres, que estaba preparando la evasión. Pero mis palabras producían un efecto contrario al esperado. Parecía que quisiera involucrarle en una aventura peligrosa sin tener en cuenta que no

era capaz de defenderse como nosotros, que, cuando se trataba de naturalezas tan débiles como la suya, a nadie le importaba su triunfo o su fracaso. Lo cierto es que yo le prestaba una atención sincera aunque superficial. Pero si no le hablaba, me miraba con desconfianza, como si le estuviera marginando. Con el tiempo se fue mostrando cada vez más desagradable. Era como si nos hiciese responsables de todas sus desdichas. Y con el pretexto imaginario de que existía un vínculo especial entre nosotros, casi me estaba exigiendo que pusiese fin a esa situación.



Llevábamos seis semanas en el campo de Biberbrach cuando tuvo lugar un pequeño incidente que me causó una gran aflicción. Se había urdido una especie de conspiración contra el pobre Pelet. Su actitud doliente a la par que despreciativa enervaba a todo el mundo. La gente formaba corrillos para hablar de él con un tono de superioridad y conmiseración que me resultaba profundamente desagradable. Se burlaban de su manía de considerarse un cabeza de familia cuando, en realidad, solo tenía un hijo. De él se contaban toda clase de historias. Daba verdadera lástima, decían, pero, al fin y al cabo, todos tenían sus penas, y no había motivo para que solo se hablase de las suyas.

Bisson era el encargado de comunicarle que no podía continuar así, que si seguía siendo tan mal compañero optaríamos por no volver a dirigirle la palabra nunca más. Les dije entonces que teníamos que intentar ponernos en la piel de ese pobre desgraciado y ser muy indulgentes con él porque estaba sufriendo.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Es que nosotros no sufrimos?

Respondí que, en efecto, nosotros también sufríamos, pero disponíamos de más recursos. Al final conseguí que lo dejaran en paz.

Mi intervención tuvo una consecuencia bastante extraña. Unos días después, Pelet la emprendió conmigo bruscamente, y me acusó de haber tratado de perjudicarlo. Yo era el culpable de la aversión que todos le profesaban. Le respondí que, puesto que se tomaba las cosas de esa manera, ya no quería tener nada que ver con él, que estaba harto de tanta mezquindad, que ya tenía yo bastantes problemas como para tener que escuchar los que él se inventaba.

De repente se apaciguó, me pidió perdón, me dijo que sabía perfectamente que no era culpa mía, pero que tenía que entender lo que estaba sufriendo por estar separado de su mujer y de su hijo. Tuve que insistir en que su situación no era peor que la nuestra. Me respondió que ya lo sabía pero que, aun así, a él le parecía peor puesto que sufría más que nosotros.

A partir de ese día, adquirió la costumbre de venir a hablar conmigo en cuanto me veía solo. Cualquiera habría pensado que ocultábamos algún secreto. Lo curioso era que nunca tenía nada que decirme. Esa forma de alardear de una intimidad que no existía me resultaba desagradable. Por más que a veces lo tratase con frialdad, él no cejaba en su empeño. Cuando sabía que nos observaban, miraba con inquietud a un lado y a otro y adoptaba un aire afligido. Un día me dijo que había recibido un plano de la región sur de Alemania. Estaba dispuesto a enseñármelo, pero con la condición de que no se lo dijese a nadie. También aseguró haber oído, por la noche, un ruido de tren llevado por el viento. Cada vez sentía más pena por él. Me encontraba en esa situación profundamente incómoda de inspirar afecto a un hombre a quien todos detestaban. A veces le mandaba a paseo, pero la mayor parte del tiempo intentaba consolarle. Acabaría recuperando todo lo que había perdido, su mujer, su hijo, y por qué no —añadía para animarle—, tam-

bién su casa. Aun así solía contestarme que, como no tenía hijos, no podía ponerme en su lugar.

Baillencourt, que era el único que llevaba una placa identificativa colgada del cuello, se estaba volviendo cada vez más autoritario. Y esa actitud le resultaba de gran provecho. Había conseguido ejercer una gran influencia sobre algunos de nuestros compañeros, Jean y Marcel Bisson, Baumé, Billau, incluso sobre el propio Pelet. Un día, me llevó a un rincón y me comunicó que ya estaba decidida la fecha de nuestra evasión. Íbamos a emprender la gran aventura (esa es la expresión que utilizó) el sábado siguiente, a las tres de la mañana.

Le pregunté que por qué ese día y no otro, por qué a esa hora y no a otra. Me dio toda suerte de explicaciones. «¿Y quién lo ha decidido así?», seguí preguntando. Me miró sorprendido. Se le veía un poco molesto por tener que responder: yo. Se limitó a decir: «Ya está decidido... ya está decidido...».

En cuanto me quedé solo, medité sobre el plan que me había propuesto. No era más que un plan. Cualquiera podía concebir otro igualmente ingenioso. La realidad era que, con o sin plan, había que conseguir salir del campo sin que nos matasen y después recorrer más de cuatrocientos kilómetros atravesando Alemania procurando no ser capturados. No obstante, oculté mi escepticismo por miedo a que me dejaran al margen. Quería estar al tanto de lo que se cocía. Quería al menos tener la posibilidad, en el último minuto, de hacer lo que me pareciese más conveniente.

A la mañana siguiente, Baillencourt me dijo que tenía que hablar conmigo de algo importante. Seguía comportándose como si fuese el único que controlaba la situación. Hice un esfuerzo para que no notase hasta qué punto me irritaba su actitud.

—Te escucho —le dije.

—No, ahora no —contestó—. Ven a buscarme a las ocho.

Cuando quise saber por qué no me decía inmediatamente de qué se trataba me respondió que prefería que nadie nos oyese.

A las ocho acudí a la cita, lo que no dejaba de entrañar cierto peligro. Con mucha prosopopeya, sacó de su macuto el mismo mapa de Alemania que me había mostrado Pelet. «Acabo de recibirlo», dijo con petulancia.

A la luz de un mechero, me mostró la ruta que debíamos seguir, y luego me explicó con pelos y señales las tretas de las que se había valido con el fin de conseguir la información necesaria para organizar su plan. Tuve que contenerme para no soltarle una fresca. Me parecía ridículo que me molestase por tan poca cosa. No hay nada más peligroso que la gente que se las quiere dar de importante. Yo no podía dejar de pensar en las alambradas de espino, en los puestos de vigilancia, en los centinelas que desde las plataformas recorren continuamente todo el campo con sus linternas. Mientras tanto, Baillencourt se entretenía señalando con un lápiz en el mapa el camino que debíamos seguir. ¡Y eso sin conocer el país!

Una vez acostado me dije a mí mismo que, si en verdad pretendía fugarme, lo mejor era hacerlo solo. Este proceder suponía, a todas luces, una deslealtad hacia mis compañeros, pues al tiempo que fingía compartir sus esperanzas y sus decepciones, soñaba secretamente con abandonarlos. Pero los veía tan necios, tan poco conscientes de las verdaderas dificultades, que en realidad no me quedaba otra opción.

Lo ideal, sin duda, era huir yo solo, sin correr grandes riesgos, aprovechando algún recurso imprevisto, un despiste, una sustitución, o bien consi-

guiendo un empleo gracias a mi conocimiento de la lengua alemana; incluso gracias a algún intermediario, a la amistad de algún oficial, de un funcionario, de alguien que estuviese situado justo en el lugar adecuado. Desaparecer del campo sin que nadie reparara en ello, como ocurre en el ejército tras alguna decisión tomada desde arriba, para evitar las envidias, los chismorreos, para que otros no pudieran decir: «¿Y nosotros, por qué no?» y que a alguien se le pasase por la cabeza la idea de imitarme. Lo que es posible para una persona puede no serlo para un grupo. Tal vez llegarían a saber la verdad, ¿pero qué más daba, si la vida sigue su curso y, al final, todo acaba por olvidarse? Decididamente, era preferible esperar.